

ción teatral —como el aparte, el aparte a un personaje o, de manera más general, el teatro en el teatro— en que uno de los personajes adquiere un *apego* privilegiado con el espectador (anticipado) y rompe lo que después será la *cuarta pared*, sirviendo de mediador en doble sentido: presentando la acción al espectador y representando al espectador dentro de la acción. El Pastor es así un elemento *de caja china* que juega a salir y a entrar, a mirar desde fuera y a ser mirado, a contar una historia y a estar en ella. El Pastor es teatro en estado puro.

En resumen, aquellos colegas que se hayan planteado problemas como los que acabamos de apuntar encontrarán en el libro de Françoise Cazal una guía prácticamente exhaustiva para seguirlos en el teatro de Sánchez de Badajoz.

Ricardo Serrano Deza

Rafael Beltrán (ed.): *Historia, reescritura y pervivencia del Romancero. Estudios en memoria de Amelia García Valdecasas*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València/Departament de Filologia Espanyola 2000. 269 páginas.

Este tomo colectivo se justifica no sólo como el más idóneo homenaje a la memoria de la profesora Amelia García-Valdecasas —por significar conocimiento y continuación de su labor en su campo predilecto— sino también como resultado del interés que “‘la galaxia’ romancero” (p. 153) sigue despertando en la actualidad.

Los trece estudios, firmados por profesores e hispanistas españoles y extranjeros, están repartidos de manera equilibrada en las tres partes, tituladas: “Construcción del Romancero: relecturas y reescrituras”; “Historia textual y tradición

oral”, y “Pervivencia oral en el País Valenciano”. Dentro de la común metodología (análisis textual y extratextual, comparación de variantes dentro del mismo género del romance o parangón con otros géneros y especies e interpretación —sociológica, psicológica, estética—), que confiere al conjunto coherencia y complejidad de perspectiva (sobre lo diacrónico y lo sincrónico, lo culto y lo popular, lo escrito y lo oral), los autores proponen enfoques personales sobre cuestiones de gran relevancia en la creación, recreación y recepción del Romancero. De entrada se comenta la “construcción del Romancero como objeto de estudio”, destacándose la deuda con los románticos alemanes (Herder, Jacobo Grimm, seguidos por Fernando Wolf, Conrado Hoffman y otros) en unas consideraciones de historia literaria que, según la autora, Gloria B. Chicote, revelan una paradoja: “el estudio sistemático del romancero hispánico parte de la concepción abstracta y de las caracterizaciones equívocas que le imprimió el movimiento romántico, pero ese caos inicial fue lo suficientemente fecundo” (p. 24).

Se señalan varios aspectos, tan incitantes como intrincados (relecturas y reescrituras, contrahechuras y contaminaciones), de la transmisión de romances, tan insegura, cuando se trata de la vía oral o de pliegos sueltos de los siglos XVI y XVII, que obliga a admitir prudentemente la duda, como hace María Cruz García de Enterría en su artículo “¿Reescritura o contaminación de un ‘romance viejo’?” En cambio, la vía escrita y la forma culta de transmisión propiciaron situaciones tan significativas como la inclusión de romances en otras obras literarias de mayor extensión. Así, en la novela cervantina se da, según Julio Alonso Asenjo (en “Quijote y romances: uso y funciones”), una “notabilísima presencia” de romances viejos y nuevos con importantes funciones. Entre

ellas destacan las de explicar el origen y la primera configuración de la novela o expresar la locura caricaturesca del protagonista y las de estructurar cada uno de los dos tomos y marcar “los goznes de la obra en su conjunto y de sus grandes articulaciones” (p. 57), iluminar situaciones, permitir logrados juegos de contrastes, y ofrecer expresividad y distorsión de planos orientada al humor y a la comicidad (p. 58). A veces las transformaciones en el texto antiguo de un romance son espectaculares, tal como lo demuestra Paloma Díaz-Más en “Cómo se relejeron los romances: glosas y contrahechuras de Tiempo es, el caballero en fuentes impresas del siglo XVI”.

La relación entre el romance y la historia (el contexto) queda planteada por Fernando Gómez Redondo, cuyo estudio (“El romancero alfonsí”) gira en torno al caso concreto de la imagen del rey Alfonso el Sabio en crónicas y romances viejos, para concluir que el romancero corrige la memoria del pasado en virtud de “nuevas ideas y de situaciones contextuales que requieren otro tratamiento” y disipa la leyenda negra sobre este monarca (p. 125). Trátese de la figura concreta de un rey u otro, Alfonso V el Magnánimo, Juan II o Fernando el Católico, a Giuseppe di Stefano le interesa destacar en su estudio “El rey que mira. Poder y poesía en el romancero viejo” los valores poéticos y humanamente universales de la imagen del rey que mira, los cuales encuentra en varios romances viejos, uno de los cuales es de hallazgo reciente (p. 128).

La historia más remota queda implicada en el artículo de José Manuel Pedrosa, “Del Himno a Démeter pseudo-homérico al romance de La nodriza del infante: mito, balada y literatura”, donde se emprende un “largo, multiseccular y multicultural recorrido tras los atribulados pasos de una nodriza legendaria” (p. 184). También de

una versión antigua, a saber, la única que se conoce hoy del Infante cautivo, trata Aviva Garriga, quien recurre al cotejo de varias versiones modernas y sefardíes para aclarar el significado de alguna palabra antigua desconocida (como canea = barcas o carracas). De especial interés es la parte tercera, en la que los autores (Rafael Beltrán, Teresa Sáez, Álar Monferrer i Monfort, Amparo Rico Beltrán, Francisco Javier Satorre Grau y M. Luisa Viejo Sánchez) presentan y comentan variantes de romances recogidas personalmente en varias comarcas valencianas, cuya producción romancística, ha sido “menos rastreada en busca de testimonios, en comparación con las zonas castellano-hablantes de la Península y menos o con menor profundidad estudiada en investigaciones sociológicas y antropológicas”, a pesar de que ofrece “una compleja casuística –digna de análisis– de fusiones, alteraciones o convergencias” (Rafael Beltrán, Presentación, p. 11).

En suma, la provechosa y aun apasionante lectura que se puede hacer de este libro es prueba fehaciente de que el Romancero está lejos de ser un capítulo cerrado de la historia literaria.

Dana Diaconu

Ingrid Simson: *Das Siglo de Oro*. Stuttgart: Ernst Klett Verlag 2001. 172 páginas.

Este libro de Ingrid Simson se inserta en la serie Uni Wissen de la editorial Klett, que pretende proporcionar de forma resumida y concisa la información de los temas tratados, para que estas obras puedan utilizarse como manuales para la consulta rápida o la preparación de exámenes. La autora imparte clases de Romanística en la